[Publicado previamente en: *Archivo Español de Arqueología* 24, n.º 83-84, 1951, 5-22. Versión digital por cortesía del editor (*Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas*. *Madrid*) y de los herederos del autor, con la paginación original].
© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Rodrigo Caro. Semblanza de un arqueólogo renacentista

Antonio García y Bellido

[-5→]

Al iniciar nuestras tareas dentro del nuevo Instituto nacido bajo el patronato del arqueólogo y humanista Rodrigo Caro, creemos preciso destacar la personalidad del que desde ahora en adelante ha de presidir con su nombre las actividades del Instituto de Arqueología recién creado.

Los hitos capitales en la vida de Rodrigo Caro son éstos. Nació en Utrera, pocos kilómetros al Sur de Sevilla. Fue bautizado el 4 de octubre de 1573 en la parroquia de Santiago. Su linaje, empero, era carmonense; los Caro, "gente de estimación y de cuenta", radicaron principalmente en Carmona, villa no muy lejana, tampoco, de Utrera. Estudió en la Universidad de Osuna, donde se licenció en 1596, a los veinticuatro años. Parece ser que cursó también estudios en Sevilla. Se ordenó de sacerdote y ejerció la abogacía durante veinticinco años en Utrera. Las actividades de Caro radicaron luego en Sevilla, a la que amaba en primer lugar después de su patria chica. Allí desempeñó cargos importantes dentro de la diócesis hispalense; fue Consultor del Santo Oficio y Juez de Testamentos de la Ciudad y de su Arzobispado. Murió en Sevilla a las tres de la tarde del 10 de agosto de 1647, a los setenta y cuatro años. Fue enterrado en San Miguel, de Sevilla, donde los Caro tenían sepultura propia. Con la revolución de 1868 el templo de San Miguel fue derruido. Los restos de Caro fueron trasladados a la capilla de la Universidad hispalense, donde actualmente reposan.

No sabemos a ciencia cierta cómo fue, físicamente, Rodrigo Caro. Su gran amigo Francisco Pacheco, en su *Libro de descripción de verdaderos Retratos de Ilustres y Memorables varones*, Sevilla 1599, que ha llegado a nosotros incompleto, hubo de incluir, sin duda alguna, la efigie de nuestro licenciado. Admitido esto, el retrato de Caro, si no se ha perdido, tiene que estar con los innominados. En efecto, entre ciertos retratados sin nombre, llama la atención un clérigo con la cabeza circuida de una corona de laurel. Hay vivísimas sospechas sea ésta la [-5→6-] vera efigie de nuestro licenciado. Las razones no las creemos del momento, pero baste saber que son sumamente probables y por todos admitidas. No hemos dudado, pues, en reproducir, a titulo de portada de esta serie de *Archivo Español de Arqueología* con que inicia su vida el nuevo Instituto de Arqueología "Rodrigo Caro", el dibujo original de Pacheco que hoy se guarda (con el resto de lo conservado de tan admirable galería iconográfica) en la Colección "Lázaro Galdiano" de Madrid [1].

[1] Doy las gracias a mis buenos amigos y colegas Camón y Moñino, Director del Museo el primero y Bibliotecario del mismo el segundo, por las facilidades de todo orden prestadas para estudiar y fotografiar el original que publicamos. Uno de los retratos innominados que figuran en la colección de Pacheco fue identificado como de Lope de Vega por Lafuente. Rodríguez Moñino pudo leer después, al trasluz de la

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Rodrigo Caro se nos aparece en este retrato (uno de los más impresionantes de la serie) como hombre de complexión fuerte, sana. Probablemente era de estatura elevada. El rostro es de facciones algo acusadas; el cuello recio; los labios gruesos; el pelo oscuro y corto, cubriéndole toda la cabeza; lleva bigote breve y barba rala y muy corta; la tez morena. Todo ello dio pie a Menéndez y Pelayo para tildar su fisonomía —y no sin razón— de "un tanto rústica y campesina". Su mirada es penetrante, inquisidora, algo ceñuda, pero de una expresión sumamente noble. Todo su rostro traduce inteligencia fina y toda su persona dignidad humana.

Nuestro licenciado vivió en Sevilla en medio de un ambiente muy culto, muy imbuido de "humanidades". Era entonces la ciudad del Guadalquivir el foco más vivo de las "humanidades" españolas. Como bien dijo Gallardo, "en Sevilla se sabía entonces más que en Madrid". El carácter de Caro debió ser fácil para la conversación y el intercambio generoso de ideas. No tuvo más que amigos y colegas a los que apreció y respetó, como éstos respetaron y apreciaron a Caro. Salvo el malvado Morguecho, del que tanto y tan justamente se duele en sus cartas, Caro fue hombre bienquisto de todos sus coetáneos, Su amigo más íntimo **[-6→7-]** parece fue Francisco Pacheco, el suegro de Velázquez, hombre erudito, aficionado a la historia e inquieto artista. Su tío, el canónigo Francisco Pacheco, reunía en su casa a todos los ingenios de su tiempo. Pacheco, el tío, era también excelente humanista y buen poeta. En sus tertulias hemos de figurarnos frecuentemente a Caro. Allí acudirían también el cosmógrafo Antonio Moreno Vilches, que sabemos era amigo del licenciado R. Caro, como lo fueron también el cronista Tamayo de Vargas; Fernando de Herrera el "Divino", Francisco de Rioja, al cual se le atribuyó por mucho tiempo la *Canción a las ruinas de Itálica* de nuestro arqueólogo, el licenciado Sancho Hurtado de la Puente, que parece ser utilizó su erudición en hacer algunas falsificaciones, según moda del tiempo; el Padre Juan de Pineda, franciscano le grandes conocimientos, que informó el libro de las *Antigüedades y Chorographia* de Caro; el cronista Andrés de Ustarroz; el cordobés Gómez Bravo, dueño de una excelente biblioteca particular en Sevilla, el Padre Martín de Roa, informante, con Pineda, de la obra fundamental de Caro antes dicha. Debió ser amigo también de Quevedo, quien dedicó a nuestro licenciado su tratado *Origen de los estoicos y defensa de Epicuro*, que acompaña a la traducción de su *Epicteto y Phocilides* (Madrid 1635). Hubo de tratar probablemente a Cervantes, y acaso a Velázquez y a otros muchos ingenios y artistas de su tiempo, cuya enumeración huelga por ser sólo hipótesis, aunque sea sumamente probable.

En el seno de esta sociedad de humanista s—todos lo eran cada cual a su modo— debió de señalarse el genio de Caro como algo especial. Humanista también como ellos, poseía nuestro licenciado, además, un sentido agudamente objetivo. Si los autores antiguos eran para aquéllos espejo de ciencia, de ética, de moral o de arte, y siempre un "adorno" del que se hacía gala ostentosamente, para Caro eran además, y sobre todo, informantes fidedignos cuyas narraciones podían seguirse al píe de la letra en el mismo terreno que pisaba. Caro no los tenía como autores de letras muertas, sino como descriptores de objetos vivos. Plinius, Strábon, Avienus, Philóstratos, Heródotos, Livius, Ptolemaíos, Polybios, Athénaios, Aulus Gellius, Mela, Caesar, Hirtius (mal supuesto autor

hoja pegada al álbum, el nombre, muy desvanecido, de Lope, confirmando la atribución. Cabía la misma posibilidad en la de Caro, pero el Sr. Rodríguez Moñino me comunica que su indagación —hecha a mi requerimiento— no ha dado, desgraciadamente, ningún resultado. Sigue pues en el anonimato. Pero ello constituye un indicio más —muy flojo, es cierto— de que pueda tratarse precisamente de la efigie de Caro, porque el respaldar a lápiz los retratos con el nombre de los retratados, tenía su justificación en el caso de Lope, que no vivía en Sevilla, pero no en el de Caro que era de todos conocido por ser asiduo contertulio de Pacheco.

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

del *Bell. Hisp.*), y tantos y tantos otros geógrafos, historiadores, logógrafos, recopiladores, cronistas, etc., griegos o romanos, vivían ante él con toda su presencia física, como seres [-7→8-] corporalmente presentes, materialmente coetáneos del propio Caro, como autores a los que éste "escuchaba" con la misma atención que pudiera escuchar al amigo de diario que, regresando de caza, le refiriese el hallazgo de algunos restos romanos en tal o cual terreno bien conocido de ambos.

Aquel sentido agudamente objetivo al que hemos aludido antes, se demostraba en el amor que tenía por las antiguallas, por los *objetos* antiguos. Este era el rasgo arqueológico, propiamente tal, que le diferenciaba de los humanistas de libros. El humanista de libros era un espíritu que consideraba a la Antigüedad como un ciclo acabado; el humanista arqueólogo la sentía como cosa aún viva, actual, que podía verificarse en cualquier momento y que latía en la ruina, en el objeto, en el paisaje.

Para Caro la palabra Antigüedad va acompañada casi siempre del epíteto de "sagrada" y como tal la veneraba. Ella llenaba su espíritu y le hablaba por medio de todos sus restos. "No hay parte en la sagrada Antigüedad, por pequeña que sea —decía en los *Días geniales*—, que no merezca cultura y estimación." Habrá pues que amarla y cultivarla. Y corno para él "no había cosa pequeña en la Antigüedad" —repetía en las Adiciones—, a la Antigüedad se volvía siempre que sus quehaceres diarios le dejaban un huequecillo que él procuraría agrandar. A ella acudía Caro con la ceguera del sabio obseso. "No hay para mí cosa más agradable que saber algo de la Antigüedad" —decía—, ponderando luego "la parte que tiene en el gusto de todos los que bien sienten". Era, pues, además un excitante de sensibilidad ética y estética.

Como amante entusiasta de la "sagrada Antigüedad" y como consciente arqueólogo que era, Caro no podía por menos que lamentarse amargamente de que los edificios antiguos se tuviesen vulgarmente "en tan poco precio que los gastan por materiales o quiebran y deshacen sin más consideración que si fuesen piedras brutas para acomodar en sus edificios". Alusión sin duda a muchos casos a la vez, pero muy particularmente a lo que por entonces debía ocurrir en Santiponce, pueblecillo trasladado por aquellos años al lugar que hoy ocupa y que se estaba levantando con las piedras del teatro y del anfiteatro de Itálica. Un humanista de libros veía, en Itálica o en Roma, cómo perecían definitivamente las grandiosas ruinas antiguas, sin conmoverse [-8→9-] en lo más mínimo. Un humanista arqueólogo sentía cada sillar removido de una ruina como un pedazo arrancado a su carne. ¡Con qué dolor no vería estos vandalismos Caro, él que había sonsacado a su alma los más hermosos versos de su vida para dedicárselos a las minas de Itálica!

Con estos antecedentes no es difícil explicarse por qué nuestro arqueólogo fue tan aficionado a coleccionar antigüedades. Caro logró reunir buena cantidad de monedas romanas de todo género y hasta griegas y púnicas. Parte de esta colección fue donada al Duque de Arcos, aunque luego volvió a nutrir su colección con los restos de la del Duque de Braganza, padre del que después fue Juan IV de Portugal. De su ciudad natal, de Utrera, llegó a juntar una serie importante de antigüedades y confiesa: "yo he procurado recoger en mi casa algunas inscripciones antiguas, que en este lugar [Utrera] y sus campos se han hallado, por el gusto que tengo en conservarlas". De esta colección de lápidas trascribe por lo menos doce (probablemente todas). Además nos da noticia de tres esculturas de la misma procedencia que describe de este modo: "en mi casa tengo una cabeça de mármol blanco, hasta los pechos, parece ser de alguna emperatriz... [probablemente del siglo II]. Tengo otra también de mármol blanco, hasta los pechos, tiene tendido el cabello y atado con una corona de yedra por la frente, con unos racimos colgando, que imitan las uvas de la yedra: por las señas es efigie de alguna sacerdotisa de Bacco... También tengo otra cabeça de un Sátyro, o Sileno, coronada de yedra, señal

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

desta gente furiosa". A ellas vuelve a hacer alusión en varios lugares más de sus obras. Cita, igualmente como de su propiedad, aunque sin decir su origen, un disco de barro hallado en una tumba que figuraba "un pastorcito, sentado en una peña, con su gaita en una mano y la otra teniendo la alforjuda que trae a las espaldas", acaso el emblema de una lamparilla.

Caro, sin embargo, no era un coleccionista monomaniático. Para él estas antiguallas eran materiales de estudio y las reunía y conservaba (aparte por el gusto de tenerlas, como él decía según vimos líneas atrás) por considerarlas testimonios y documentos de índole histórica. Así aporta a su recta identificación de *Ilipa* con Alcalá del Río el [-9→10-] testimonio de las monedas de esta ciudad que él recogió allí y que él guardaba en su casa. Las inscripciones eran, con tanta o más razón, meros testimonios para él. Con muy buen acuerdo dice: "en la oscura selva de la Antigüedad vamos investigando los lugares antiguos por las cortas señas que de ellos hallamos ya en las inscripciones ya en los autores que nos quedan de aquellos remotos y oscuros siglos, tras cuyas pisadas vamos guiando nuestros medrosos pasos".

El licenciado Rodrigo Caro fue ingenio fecundo. Escribió mucho y escribió bien, en un castellano sobrio y preciso. Su formación clásica fue excelente. Buen latinista no descuidó por ello el griego, que conoció también, aunque los autores helenos que maneja los cita en latín, es decir tornando sus citas de las versiones latinas entonces en uso por doquier (no se olvide que las raíces del Renacimiento clásico están en la "traducción" de los restos griegos al común latín de Occidente). Constante lector y buscador de libros —así lo confiesa cuando afirma "haber estudiado y ocupado el tiempo y caudal en comprar y revolver libros"—, debía de tener una excelente biblioteca, que no conocemos, desgraciadamente (el testamento nada dice de los libros), pero de la cual podemos formarnos idea por las abundantísimas citas de autores clásicos que con tanta soltura y erudición colaciona. Ninguno de los geógrafos e historiadores fundamentales antiguos debió estar ausente de la librería de nuestro licenciado. Allí, en Utrera o en Sevilla, debía de hallar dignísimo acomodo todo lo más noble y más enjundioso de la herencia literaria grecorromana. Lo que no tuviera lo consultaría en las bibliotecas de sus amigos y contertulios, tal como en la de Gómez Bravo. Con ellos, con su museíto y colecciones de sus amigos, más con los paseos y visitas a restos de ciudades antiguas, el erudito licenciado debió pasar lo mejor y más importante de su vida, unas veces estudiando otras trasladando al papel el resultado de sus estudios.

Su obra más importante es, como se sabe, las *Antigüedades, y Principado de la ilustríssima ciudad de Sevilla y Chorographía de su Convento Jurídico, o antigua Chancillería*, en realidad dos libros distintos en un solo volumen, que se publicó en Sevilla por Andrés Grande en 1634. A ella sirvieron de complemento, algo después, sus *Adiciones al libro de las Antigüedades y Principado de Sevilla*, que permaneció [-10→11-] inédito hasta 1851, año en que lo publicó la Real Academia de la Historia [2].

Estos libros son los que le han dado su fama mayor, pero no fueron menos notables en erudición antigua y conocimientos de todo orden sus *Días geniales y lúdicros* [3], obra en la que se hace un impresionante paralelo entre todos los juegos existentes en sus días en España, pero especialmente en tierra sevillana, como es natural, y los antiguos trasmitidos por los textos o deducidos de los monumentos de todo orden por él conocidos. Es, a la vez, el primer libro de folklore español (riquísimo por cierto en datos y descripciones de juegos), y el primer intento hecho en España de una arqueología de las cos-

[2] Se hizo después otra edición por los Bibliófilos Andaluces.

[3] No lúdricos, como se ve siempre escrito con manifiesta ignorancia del sentido de la palabra.

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

tumbres, similar a la conocida de Friedländer, escrita en el siglo pasado. Su lectura es tan fácil como instructiva. Sirve de marco escénico un ameno cortijo sevillano. Durante varios días se reúnen en él tres amigos deseosos de intercambiar ideas y noticias sobre estos asuntos. Don Fernando (el propio R. Caro) lleva la voz cantante y a él es a quien toca documentar los juegos modernos con sus antecedentes antiguos. Los modelos han sido, sin duda, las *Noctes Atticae*, de Aulus Gellius, y los *Deípnosophistaí*, de Athénaios, autores que Caro conocía bien y escerpta con frecuenta en sus estudios. En este diálogo salen a relucir las alusiones antiguas a las danzas ibéricas, las *puellae gaditanae* (las "mozuelas gaditanas" como Caro traduce) tal como las pintaron Plinius y Martialis, etc., así como se documentan ciertas aserciones con lápidas y hasta con monumentos arquitectónicos y escultóricos antiguos. Es uno de los libros, éste de los *Días geniales y lúdicros*, más densos de erudición entre los escritos en castellano durante el Renacimiento.

Citemos también el *Memorial de Utrera*, libro dedicado a recordar el pasado glorioso de su ciudad natal, y el *Veterum Hispaniae Deorum Manes sive Reliquiae*, una especie de historia de la religión antigua en España, libro desgraciadamente perdido, que Rodrigo Caro envió a Flandes para su impresión. Sabemos que contenía un tratado en veinte pliegos. De su contenido y forma podemos formarnos idea por una especie de resumen que de él hemos de ver en la carta que [-11→12-] escribe a Pellicer enumerando algunas deidades antiguas veneradas en España, entre las que ya cita a Endovelico, amén de otras griegas, púnicas y romanas orientales y occidentales. Naturalmente la breve carta a Pellicer no nos contenta y menos nos consuela de la pérdida de su tratado dicho. Otras obras menores ele Caro no interesan a nuestro cometido.

Se le han achacado a Caro sus pocos vuelos, diciendo de él que no salió de su tierra ni estudió otros temas que los de su tierra. Es sólo verdad en parte. Caro, en efecto, no salió de Utrera, Carmona o Sevilla, ni transgredió sus alrededores; ello en una época en que casi todos los ingenios españoles iban y venían corrientemente a Italia, Flandes, Alemania y Francia. La pasión local por su Utrera y su Sevilla pone en su persona una nota provinciana muy fuerte, una limitación de horizontes propia del erudito local (no deja de ser curiosa a este respecto la carta dirigida a Pellicer en que Caro le recomienda "no se olvide tanto de Sevilla, como lo hacen todos los historiadores castellanos, para cuyos escritos no hay más que Toledo"). Pero aunque menos universal —es cierto— que Morales, y que Mariana, y menos "internacional" que Chacón y que Nicolás Antonio, Caro fue también escritor de temas amplios y universales, como lo prueban no sólo sus *Días Geniales*, sino también su libro *De los nombres y sitios de los vientos*, libro lleno de sabiduría y testimonios de autores, libro de gran empeño para el cual, dice Caro (él que con tanta desenvoltura se movía entre escritos antiguos), "me hallé muy rico de esta pobreza [de ignorancia, quiere decir] y muy caudaloso de lo que no tengo [sabiduría]".

Más importancia tuvo para su obra la credulidad que prestó a los falsos cronicones de Dextro y Máximo. Caro, como otros muchos, defendió —a veces obstinadamente— su autenticidad contra unos pocos espíritus independientes que, como Aliaga, Melchor de la Serna. Francisco de Rioja, Pellicer, Nicolás Antonio, Alonso Vázquez, Agrópali y otros, denunciaban en vano su falsedad. Pero en descargo de Caro, como de una parte de los defensores de su legitimidad, hemos de decir que en este pleito de los falsos cronicones, aparte un problema de opinión científica, jugaba otro de carácter piadoso, con todos los riesgos que traía consigo una fama y hasta una acusación de tibieza o de poca fe. Como por otra parte a Caro —al igual que a los Obispos de [-12→13-] Córdoba y Granada— con estos textos se le llenaba su tierra chica de santos no era fácil para él —que tanto se enorgullecía de ella— ver este caso con tanta serenidad de juicio como veía otros. De buena fe, pues, creía en Dextro y en sus historias, pudiendo más el noble —

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

pero exagerado— orgullo local que la clarividencia en el examen crítico. Con Caro comulgaban Tamayo de Vargas, Ramírez del Prado, Mariana y otros muchos, más o menos declarados partidarios; y a más de ellos, una caterva de indecisos y cautos, que no decían ni que sí ni que no, limitándose a transcribir las aserciones de Dextro y Máximo dejando cómodamente al propio documento toda la responsabilidad.

Nuestro licenciado, al final, parece ser se inclinó por un término medio, muy curioso, pero muy explicable en él. Su espíritu crítico, tan agudo, y su conocimiento de los textos, tan perfecto, no le permitían seguir negando el reconocimiento de falsedades de bulto en los cronicones. Reconoció pues estas falsedades, pero las achacó a un desaprensivo interpolador (Román de la Higuera), con lo que Dextro y Máximo quedaban así a salvo de toda crítica adversa. En esta idea Caro recibió por parte del editor que en París reimprimía la *Bibliotheca veterum patrum* el encargo de depurar el texto para incluirlo en la colección. Nuestro depurador lo tomó tan a conciencia y tan de espacio que la colección dicha hubo de salir al público sin la obra de Dextro. Doble fortuna de la cual se benefició, sobre todo, la memoria de Caro que inevitablemente hubiese salido muy mal parada de la aventura. Libre ya Caro de esta urgencia acabó con Dextro y extendió su análisis a Máximo y los demás fragmentos, ilustrándolo todo con notas en las que dominan las eruditas aficiones y la competencia del arqueólogo, del epigrafista, del geógrafo y del historiador [4].

Caro, sacerdote, entusiasta de su tierra a la que tanto beneficiaban los cronicones del Padre Román de la Higuera, que había defendido de antiguo su autenticidad, cuyas obras estaban salpicadas de sus nombres, siendo además hombre de buena fe, viviendo en un ambiente erudito en el que predominaban los "creyentes", no podía fácilmente oponerse a los "ultras" sin caer en sospechas de tibieza en la fe y de poco amor a lo suyo, quiero decir a su tierra y a su patria chicas. **[-13→14-]** Hubiese sido demasiado para él, tanto más cuanto que los plomos de Granada en tiempos de Caro habían pasado ya por todos los obstáculos. Y si no tenemos muy en cuenta la credulidad que Lucio Marineo Sículo, Antonio de Nebrija y Florián de Ocampo, por ejemplo, prestaron a las ficciones de Annio de Viterbo, si el mismo Nicolás Antonio hizo las veces en Roma de abogado del Cabildo granadino en la causa de los plomos, en los que él mismo no creía, no debemos ser demasiado severos con la proclividad tamizada qué Caro mostró por los Dextros y Máximos de Román de la Higuera. Ello es verdad que afea sus admirables estudios, empañando un tanto su brillo erudito, es cierto que tampoco favorece a su *Canción a Itálica*, tocada igualmente de estos textos apócrifos, pero no podía pedírsele a Caro una actitud más tajante que la adoptada; el ambiente, la acendrada fe y predisposición para la fe, pudieron más qué su ciencia y su erudición. En holocausto de estas últimas reconoció los gruesos y numerosos lapsus que se le escaparon a Román de la Higuera, en honor y gloría de las primeras admitió a pie juntillas la autenticidad de las ficciones del "historiador" jesuita.

Pero aun de esta lamentable superchería recoge Caro una clara brillante aureola de sabiduría universalmente reconocida. La "depuración" de los falsos cronicones no se confía a otro erudito ni a otro sabio que a Caro. Entre todos los que entonces en España, y aun fuera de España, trataron del enojoso problema, Caro era considerado como el más preparado para acometer la ardua empresa de "limpiar" el texto "auténtico" de los cronicones. Su erudición y su objetividad de arqueólogo eran sus mejores garantías de imparcialidad y de acierto. Por lo menos el reeditor en París de la *Bibliotheca veterum patrum* no halló otro mejor que Caro para este cometido.

---

[4] Rodrigo Caro: *Defensa de los escritos de Dextro y Máximo*, Ms. Bibl. Nac.

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

En las obras de R. Caro ocupa un puesto singular la identificación de antiguos nombres de localidades citados en los textos a nosotros llegados con los modernos o con las ruinas de los despoblados antiguos anónimos. Era en realidad la preocupación máxima de los renacientes en todo el mundo y en ello precedieron brillantemente a Caro varios autores españoles y extranjeros de nota, tales como Nebrija, Ambrosio de Morales, Fernán Núñez *el Pinciano*, Esquivel, Padilla, Pérez de Oliva, Sánchez de Arévalo, Sepúlveda, Casaubon, Ortelius, Hermolao **[-14→15-]** Bárbaro, Lipsio, etc. No obstante ello Caro, estudiando con paciencia y entusiasmo el área cercana a Sevilla y su antiguo Convento Jurídico (Chancillería, como traducía Caro) pudo añadir algunas identificaciones exactas corrigiendo las anteriores, falsamente hechas, y enmendando, inteligentemente, el texto viciado de Plinius, corrupto aún en tantas partes que hacían ininteligibles el contenido y los nombres.

De esta categoría es la "emendatio" *Axatiara Vacamana* de Plin. III 11, desenmarañando este jeroglífico en la recta lección de *Axati*, *Arva*, *Canana*, ciudades que, por si fuese poco, sitúa además exactamente en el lugar de sus ruinas, es decir: en Lora del Río, Peña de la Sal y Villanueva del Río [5]. Muy inteligente fue también su rectificación al mismo pasaje de Plinius, donde se leía como epíteto de *Lucurgentum* el cognomen de *Iulii Genitor*. Caro restituyelo en *Iulii Genius* con acierto por todos reconocido, como todos reconocieron, también, sus "emendationes" anteriormente dichas sobre *Axati*, *Arva y Canania*.

Preclara en extremo es su erudita disertación sobre el lugar de la antigua *Ilipa Magna*. Con argumentos irrebatibles, fruto de sus investigaciones lapidarias, numismáticas y arqueológicas, interpreta tan rectamente los textos que su proposición es desde entonces universalmente admitida. Desde Caro, pues, la famosa *Ilipa* ya no es Peñaflor, como querían Morales y los comentaristas extranjeros, sino Alcalá del Río. Con ello, además, las menciones de Strábon, Plinius, Ptolemaíos y los Itinerarios Antoninianos quedaron en estos pasajes rectamente comentados. Caro para esta identificación se recorrió detenidamente el lugar, que describe y estudia como arqueólogo, hablándonos de sus recintos murados y de sus hallazgos.

Otra de sus identificaciones notables fueron las de *Acinipo* con Ronda la Vieja y la *Arunda* con la actual Ronda. Para ellas se valió de los argumentos incontestables prestados por las lápidas.

En el pleito, aún entonces —en sus días— por aclarar, sobre qué ciudad de las cercanías de Sevilla fue *Itálica*, Caro se decide de un modo crítico por Santiponce, coincidiendo con otras autoridades y **[-15→16-]** sacrificando, con una generosidad científica de la que no se beneficiaron los falsos cronicones, la opinión que decía ser su propia ciudad natal, Utrera. Para apoyar su hipótesis (certificada hoy sin género de dudas) saca a relucir argumentos nuevos extraídos de Plinius y Strábon, a los que colaciona y comenta con suelta erudición. No podía faltarle en este caso tampoco la autopsia y menos estando *Itálica* tan cerca de su residencia. Caro fue a *Itálica* por vez primera en 1595 estudiando *de visu* su situación. Las ruinas debieron impresionarle hondamente. En la relación que hace de su visita se encuentran, como abocetados, los términos fundamentales en que ha de inspirarse su famosa elegía, cuya primera redacción, en efecto, es precisamente de este año. Sabido es que Caro volvió sobre ella varias veces en el resto de su vida, que la retocó cuidadosamente, que la estudió, que la pulió y modificó hasta con-

[5] La *Canama*, *Canana*, etc., de los manuscritos era en realidad *Canania* y estaba situada en Alcolea del Río, distante sólo dos kilómetros del lugar donde la colocó Caro, que ya manifiesta alguna duda sobre su propia identificación.

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

vertirla en una obra maestra de nuestra poesía lírica, en cuyas antologías viene figurando sin que nadie haya osado suprimirla, pese a alguna crítica demasiado severa. Ninguna de sus composiciones poéticas, muchas de ellas de fondo histórico-arqueológico, puede igualársele. Caro no llegó a ser verdadero poeta sino en esta oda, como hace notar Menéndez y Pelayo, para quien Caro versificaba mejor en latín que en castellano.

Siendo Caro un amante ilimitado de su patria chica, de Utrera, no podía despojarla de la falsa gloria de ser la antigua *Itálica*, sin darle una justa compensación, sin descubrir sus verdaderos pergaminos de nobleza. El fue el que identificó su auténtica antigüedad en otro estudio alarde de erudición. Caro demostró sin dar lugar a dudas que Utrera fue la antigua *Siarum*, cuyas ruinas coloca exactamente en los Campos de Sarro, en el Zarracatín cercano a Utrera. Sus precursores (entre ellos Abraham Ortelius) habían leído mal el pasaje de Plinius III 11, que Caro comenta rectamente, justificando su hipótesis con el testimonio ineluctable de los textos epigráficos.

Con el mismo método, y siempre con erudición insuperable, identifica *Caura* con Coria, *Curiga*, *Contributa Iulia Ugultuniacum*, con las ruinas de San Bartolomé del Villar, cerca de Fuente de Cantos, al Sur de Badajoz, *Segeda* con Zafra. Y así otras muchas que sería ocioso enumerar.

Ante tantas y tan exactas ecuaciones topográficas no es de extrañar **[-16→17-]** que Rodrigo Caro, en un arranque de sinceridad, proteste de la estupidez de algunos sabios de fuera de España que ignoran voluntariamente nuestras cosas: "yerran —dice Caro— por el antojo o sarna insaciable de los críticos, que escribiendo desde Inglaterra, Francia o Flandes, quieren ver desde allá mejor que los de acá, que estamos tocando con la manos, nuestros propios pueblos y ciudades". Viejo pleito, aún actual, que podría glosarse con unos cuantos ejemplos de nuestros mismos días.

No fue, pues, nuestro Rodrigo Caro un "dilettante" renacentista, sino un arqueólogo de los primeros de su tiempo, tanto en entusiasmo, como en preparación humanística, como en clarividencia de juicio. A ello le ayudaba sus profundos conocimientos de los textos, que maneja con soltura; su preparación arqueológica en todos los aspectos y, en no pequeño grado, su exacto conocimiento del país que estudia. Caro recorrió, ojo avizor, todas las ciudades antiguas de que habla. "Yo visité toda esta tierra —dice hablando de Niebla— y con cuidado miré los lugares en que había rastro de Antigüedad, y esta diligencia me dio paso para lo que discurrí en mi corografía, porque de otra manera no se puede acertar." ¿Se quieren palabras más exactas y puntos de vista y método más científicos? Para él los estudios de laboratorio, ante, los libros, y sobre resonancias toponímicas más o menos asimilables, no constituían métodos científicos, pues, como justamente hacía notar el propio Caro a este respecto, "no concurriendo más que la similitud de los nombres es flaco fundamento".

Para redondear estos juicios y ver más de cerca el método de trabajo dé Rodrigo Caro no estará de más copiar las palabras en que explica cómo preparó su doble libro *Antigüedades y Principado de la ilustríssima ciudad de Sevilla y Chorographia de su Convento jurídico, o antigua Chancillería*. En el prólogo dice: "Para escribir este tratado... visité personalmente los lugares de que escrivo, confiriendo en cada uno lo que los antiguos escritores assí Griegos como Latinos nos dexaron escrito, aprovechándome assimismo de Inscripciones antiguas, y medallas, que con estudiosa afición he juntado..." Y pondera poco después "quánto importa, que los ojos registren lo que ha de escrivir la pluma: porque la materia de la antigüedad, y el acomodar los nombres de los lugares antiguos, a los modernos, contiene en sí mucha dificultad, y **[-17→18-]** no son trillados los senderos por donde se camina, ni yo para este intento llevo a nadie delante: porque hasta ahora no sé que algún Autor haya escrito desta parte del Andalucía, lo que

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

yo intento, ni para todo cuanto escrivo en toda esta obra, me he valido de agenos trabajos, porque todo me ha costado mi puro afán, y sudor".

La obra del licenciado R. Caro es, dentro del ambiente en que escribe y se educa, prototipo del espíritu "renacentista" que la inspira. Es erudita, objetiva y crítica como pocas, aun puesta en parangón con las de los sabios extranjeros de su tiempo y materia. No son cumplidos de circunstancia los juicios que de ella expresaron Pineda y Roa. Pineda pondera en Caro "su. conocida erudición y letras, general conocimiento y noticia de antigüedades". Roa enjuicia sus *Antigüedades* diciendo: "en esta materia... no he visto hasta hoy cosa alguna que, a mi juicio, le iguale en erudición, acierto y puntualidad en averiguar nombres, sitios, y calidades de lugares antiguos". Quevedo, tan exigente, llamó a Caro "erudito" y "docto", palabras sin matiz, pero que dichas con la admiración y sinceridad del que pone su obra a los pies de la persona a quien va dedicada, recuperan su verdadero valor objetivo. El sabio sevillano Nicolás Antonio, bibliólogo sin competencia en las letras hispanas, hombre poco adicto a Caro, sin duda por el ciego crédito que éste prestó a Dextro, dijo, empero, de él que tuvo "un buen juicio en materia de antigüedades". Godoy Alcántara, al enjuiciar la historia de los llamados falsos cronicones y al considerar el papel que Caro jugó como crítico de estas ficciones, dice de nuestro licenciado que era entonces "el escritor más enamorado de la Antigüedad clásica y más sensible a sus delicadezas y elegancias que contaba España".

Menéndez y Pelayo, finalmente, poco ducho en arqueología como tuvo ocasión de demostrar en la primera parte de sus *Heterodoxos*, pero insuperable conocedor de nuestros humanistas, pudo apreciar rectamente —siquiera fuese por contraste— la característica de la obra de Caro. De nuestro eximio polígrafo son estas palabras:. "Entre los rasgos de la fisonomía literaria de este autor —dice Menéndez y Pelayo— el que más le caracteriza es el de arqueólogo. La Arqueología fue la única pasión de Rodrigo Caro y, si bien se mira, todos sus trabajos literarios vienen a confluir en ella". Esta actividad —añade— "llena su vida entera, y no sólo enriquece su memoria y abastece su **[-18→19-]** entendimiento, sino que presta luz y colores a su fantasía, convirtiéndole momentáneamente en un poeta". "Rodrigo Caro —prosigue— es, pues, arqueólogo humanista, arqueólogo del Renacimiento: ésta era su verdadera vocación, éste su título de gloria. Para Rodrigo Caro, ingenio latino de pura raza, lo más grande, lo más augusto que cubre el suelo, son ruinas romanas: entre ellas vive y entre ellas canta y a ellas lo refiere todo." "Fue poeta —concluye Menéndez y Pelayo—, precisamente, porque fue arqueólogo."

Verdad evidente en el licenciado Rodrigo Caro. Si en él no hubiese ardido como ardió la llama, la hoguera, de la emoción del pasado; si no hubiese sentido sus reliquias como despojo aun palpitante; si no hubiese sabido evocar en nueva Nekía aquellas "mil sombras de su gran ruina", a aquellos ínclitos emperadores que vieron la luz primera en Itálica, a aquel Hadriano, a

> Aquel rayo de la guerra,
> gran padre de la patria, honor de España,
> Pío, felice, triunfador Trajano,
> ante quien muda se postró la tierra
> que ve del sol la cuna y la que baña
> el mar, también vencido, gaditano.

sí no hubiese subido su emoción como una pleamar hasta inundar sus ojos con el llanto que derramó sobre aquellos "campos de soledad", sobre aquel "mustio collado"; si no hubiese medido la profundidad de la historia al comprobar el vacío de la muerte donde antes estuvo la plenitud de la vida

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

(Todo despareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo)

Caro no hubiese sido un verdadero arqueólogo. Se hubiese quedado en uno de tantos secos eruditos en cosas pesadas, muertas. Pero el licenciado Caro era hombre de exquisita sensibilidad, de una fuerza evocadora tal que sólo el entusiasta, el obseso, el poeta, tienen. Caro sabía actualizar el pasado y, como un mago, podía hacer revivir el pretérito en el presente, percibiendo el temblor de la vida oculta en lo que parecía para otros inercia y muerte.

Que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,
aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento,

decía Caro al remover curioso los escombros de la "Itálica famosa", **[-19→20-]** al arrancar con sus manos el "amarillo jaramago" pegado a la ruina, "de lagartos vil morada".

Verdad es que Caro no fue poeta, auténtico poeta, sino una vez [6]. Pero esa vez lo fue para siempre y en el más alto grado. Su elegía a las ruinas de Itálica, que estamos glosando, se alza en el panorama de la lírica española de todos los tiempos como aislada y solemne columna marmórea, como recio monolito labrado con cinceles clásicos. Quien relea aquella imponente evocación de las ruinas italicenses creerá acariciar en sus versos el recio torso del fuste, la solidez de la basa, la florida riqueza del capitel, la alba dureza del mármol.

.....
...por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
este llano fue plaza, allí fue templo;
de todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡Oh fábula del tiempo! representa
cuánta fue su grandeza y es su estrago.
.....
Así a Troya figuro,
así a su antiguo muro,
y a tí, Roma, a quien queda el nombre apenas,
¡Oh patria de los dioses y los reyes!
Y a tí, a quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,

[6] No es probable que la *Epístola moral a Fabio*, obra anónima de un gran poeta "senequista" del círculo y tiempo de Caro, sea, como se ha pretendido, obra del mismo Caro.

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

emulación ayer de las Edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades,
que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay!, ni por sabia a tí, ni a tí por fuerte.
.....

[-20→21-]

Neoclasicismo se ha dicho y es verdad. Pero no se entienda con tilo un neoclasicismo frío, académico, formulario. Hay en las estancias de Caro una emoción renaciente de la que se hallan muy lejos las concepciones neoclásicas. Es más, hay una escenificación de las ruinas que no volveremos a tropezaría sino tres siglos después, en el siglo enfermo. ¿A qué sino a romanticismo puro juega aquella misteriosa y lastimera voz que el pueblo de Santiponce creía oír de noche, entre las ruinas cercanas, y cuyo eco recogía el bosque vecino? ¿No entra en la ideación de este tema la conseja popular y el vago temor supersticioso del pueblo? ¿No entra también el genio invisible de la muerte y los fantasmas de antiguos moradores? ¿No entra la noche? ¿No ocurre todo entre vetustas ruinas cubiertas de sombras misteriosas?...

Tal genio o religión fuerza la mente
de la vecina gente,
due refiere admirada
que en la noche callada.
una voz triste se oye, que, llorando
¡cayó Itálica! dice, y lastimosa,
eco reclama Itálica en la hojosa
selva que se le opone, resonando
Itálica, y el claro nombre oído
de Itálica, renuevan el gemido
mil sombras nobles de su gran ruina;
¡tanto aún la plebe a sentimiento inclina!

Caro fue, sin duda, un poeta a quien la Arqueología le hizo sentir emociones inéditas hasta él y hasta precursoras, en varios siglos, a otras que vendrían a sensibilizar, mucho después, ciertas fibras de la emoción humana. Y Caro, como todo creador, es proselitista y quiere que su emoción propia trascienda de sí y se comunique a otros. A Fabio, ese desconocido y común amigo de los poetas renacentistas, confía Caro su llanto y su dolor ante tanta desolada tristeza. Y le dice, como exhortándole a la emoción:

Fabio, sí tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas;
lira mármoles y arcos destrozados;
lira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas, y
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.

Otros hubo de una erudición antigua similar, y aún superior, a la [-21→22-] de Caro; otros de una formación humanista más completa; muchos de un espíritu más universal o de un campo de acción internacional que Caro, en realidad, estuvo muy lejos de conocer, pero ninguno de ellos tuvo una sensibilidad tan fina para la Antigüedad, para su "sagrada Antigüedad", como la de Caro, llevándoles también de ventaja que nadie le igualó en vocación de arqueólogo, ni en veneración y entendimiento de las ruinas y reliquias del pasado romano.

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Si hemos elegido precisamente su nombre entre tantos otros no menos dignos, si el nuevo Instituto de Arqueología lo hemos puesto bajo el ejemplo que ha de evocar su memoria es, en resumen, porque en Rodrigo Caro se dio la conjunción extraña, no vuelta a repetir, de ser a la vez un arqueólogo poeta y un poeta arqueólogo.

RODRIGO CARO
1573-1647
Dibujo de Francisco Pacheco. Madrid, Museo de Lázaro Galdiano.

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia